



CAPITULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo:

—Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudemus tenemos.

—¿Qué gente es? dijo Cardenio.

—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto á ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos á pie.

—¿Vienen muy cerca? preguntó el cura.

—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote, y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron á apearse á la mujer que en el sillón venía: y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se había escondido.

En todo este tiempo ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces ni hablado palabra alguna, sólo que al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió:

—Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habéis visto; y esto dígo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda.

—¿Y la señora quién es? preguntó el cura.

—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que hemos dicho, porque mi compañero y yo no há más de dos días que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.

—¿Y habéis oído nombrar á alguno de ellos? preguntó el cura.

—No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va: y según se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo más cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece.

Todo podría ser, dijo el cura; y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar á la embozada, movida de natural compasión se llegó á ella, y le dijo:

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos.

A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, al que dijo el mozo que los demás obedecían, y dijo á Dorotea:

—No os canséis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije, dijo á esta sazón la que hasta allí había estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sólo la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz, dijo:

—¿Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó en pie y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso.

A ella con la turbación y desasosiego se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban.

Tenía el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenía, era su esposo Don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luello y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto al barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Audió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro á Cardenio, y él la había conocido á ella.

Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento, desparovido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. También Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos y mirábase todos. Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera:

—Dejadme, señor Don Fernando, por lo que debéis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabéis por mil costosas experiencias que sólo la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volváis (ya que no podáis hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.

Había en este entre tanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien ella era; y viendo que Don Fernando aun no

me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme á lo menos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y afortunada.

No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que poca ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes.

En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Es-



la dejaba de sus brazos ni respondía á sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á linear de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

—Si ya no es, señor mío, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsados tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad ó por tu gusto quisiste levantar á la altura de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad viví vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrí las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo.

Pero con todo esto no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisíste de manera que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mío.

Mira, señor mío, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mío, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera.

Tú solicitaste mi desuido, tú rogaste mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacermes venturosa en los fines como

cuchóla Don Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y pricipio á tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera.

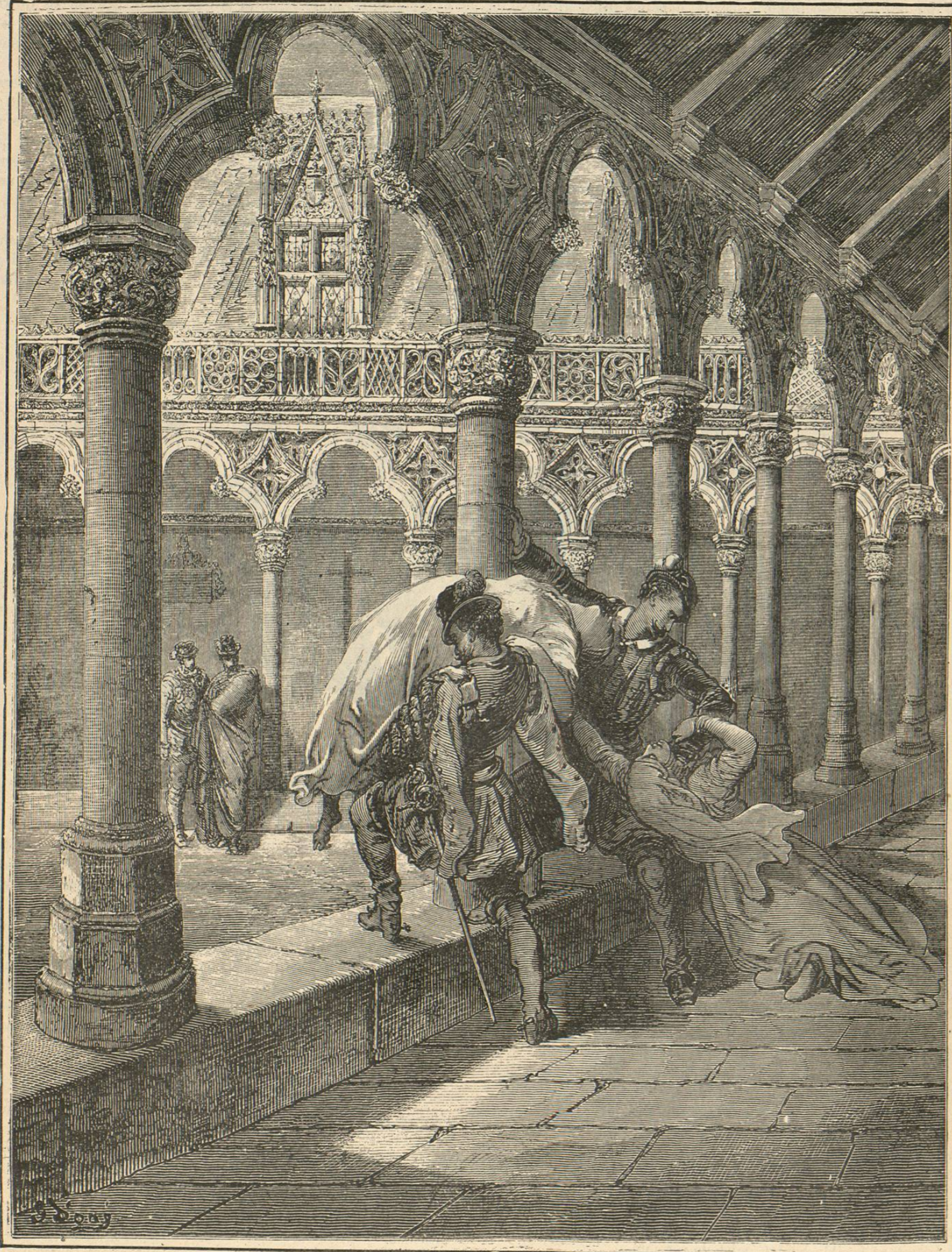
Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenían. El cual lleno de confusión y de espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo:

—Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda había tenido, así como la dejó Don Fernando iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se había puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándose á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos dijo:

—Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas razones puso Luscinda en Cardenio, los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo:

—Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño es-



Y arrebatándola, sin dar lugar a otra cosa.

pectáculo fué éste para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso.

Parecióle á Dorotea que Don Fernando había perdido la color del rostro, y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decía:



—¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á tí mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es, te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este fan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérselo, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.

En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinación de que si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, aunque le costase la vida. Pero á esta sazón acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecía, sino con particular providencia del cielo se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podía apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su muerte, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas ó ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía: y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podía hacer otra cosa que cumplirlle la palabra dada, y que cumpliéndose la cumpliría con Dios y satisfacería á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las leyes fuertes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efecto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole:

—Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis: lo que os ruego es que no me reprendáis mi mal término y mi mucho

descuido, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para acetaros por mía, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro.

Y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento.

No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso á todos había sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba.

Duró algún espacio junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabía qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo había venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes había contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto Don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras.

Y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido; y que en resolución al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no había querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, había de haber más guarda en el monasterio; y así aguardando un día á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habían venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para tralla: todo lo cual habían podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo.

Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habían llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

